

Acción de gracias al concluir el Año de la Vida Consagrada

Queridos fieles:

Hace diecinueve años, san Juan Pablo II celebraba la I Jornada Mundial de la Vida Consagrada y desde entonces cada año, el 2 de febrero, la Iglesia “pone en el candelero de la gratitud y la oración a todos aquellos cristianos que han sido llamados a una vida de especial consagración”. (Mensaje de la C.E. para la vida Consagrada. 2016).

En el ángelus del 2 de febrero de 2014, el Papa Francisco anunciaba el Año de la Vida Consagrada y nos decía que “las personas consagradas son signo de Dios en los diversos ambientes de vida, son levadura para el crecimiento de una sociedad más justa y fraterna, son profecía del compartir con los pequeños y los pobres. La vida consagrada, así entendida y vivida, se presenta a nosotros como realmente es: un don de Dios, un don de Dios a la Iglesia, un don de Dios a su pueblo. Cada persona consagrada es un don para el pueblo de Dios en camino”. Durante más de un año (30 de noviembre de 2014 – 2 de febrero de 2016) hemos vivido gozosamente y, en comunión con toda la Iglesia, este Año de la Vida Consagrada.

Al llegar la clausura de este fructuoso año permitidme que me dirija directamente a los que habéis consagrado vuestra vida al Señor para dedicaros a la oración, a la contemplación y al servicio a los hombres y mujeres en tantos carismas como el Espíritu ha derramado en su Iglesia.

Al concluir este año pienso en vosotros y en el don inmenso que el Señor ha hecho a su Iglesia y, en ella, a nosotros, llamándoos y ayudándoos a responder fielmente a la vocación que os identifica y que entraña una gran riqueza para todos. Doy gracias a Dios por este regalo. Os doy las gracias por vuestra fidelidad. Y doy gracias también a cuantos han contribuido a vuestra valiente decisión y a vuestra generosa entrega, porque han sido un valioso instrumento de la Providencia divina en favor de vuestra plenitud y del beneficio que vuestra entrega, oración y servicio ofrecen a la Iglesia.

Doy gracias a Dios al teneros en nuestra Archidiócesis porque con vuestra castidad y amor a la virginidad sois un mensaje vivo de la primordial importancia que tiene el modelo de vida que el Padre eligió para su Hijo en la encarnación; a la vez, sois un signo profético de la vida eterna.

Con vuestra pobreza, libremente elegida como proyecto de vida y diariamente asumida como estilo ordinario de vuestro proceder, mostráis un camino bello, oportuno y posible para valorar y utilizar correctamente las cosas creadas. La pobreza

es una forma ejemplar de llevar a cabo ese ejercicio liberador, que es el señorío sobre el mundo, al que estamos llamados por designio divino, desde la creación.

Con vuestra obediencia, mantenida como norma de vida, ofrecéis al mundo una lección práctica de cómo vivir la libertad. Porque la libertad, capaz de hacernos verdadera y profundamente felices, no se desarrolla principalmente en el abandono a la propia y exclusiva iniciativa. Ser libres no consiste en poder decidir cualquier cosa en cualquier momento sin que ello suponga riesgo alguno en el trazado de nuestra vida. La libertad no se ejerce desde el supuesto de que cualquier opción es buena. Esta supuesta libertad lleva muy pronto a una lamentable esclavitud que reduce el horizonte de nuestra vida a los cercanos muros de nuestra pobre y corta perspectiva humana y terrena. La lección práctica más profunda que ofrecéis con vuestra obediencia nos hace pensar en la Alianza de Dios con los hombres llevada a plenitud por Cristo en la cruz, a costa de la propia vida, por obedecer al Padre. Y esta lección nos invita a revisar la capacidad de compromiso con Dios, con la Iglesia, con la propia familia y con la sociedad, y a plantearnos seriamente el peligro de ser versátiles en lo fundamental y caprichosos en lo importante cuando no aceptamos o no queremos tener más referencia que nuestra propia decisión. La obediencia os hace libres.

En la vida de comunidad, los vínculos y relaciones personales, trascienden las dependencias de sangre y amistad y atienden preferentemente la hermandad adquirida por el nuevo nacimiento del agua y del Espíritu, por el que somos todos hijos de Dios Padre. Que vinculéis vuestra vida a esa fraternidad es lección por la que todos podemos entender que no está solo ni el huérfano, ni el marginado, ni el que vive lejos de los suyos, ni el que se siente incomprendido por los más cercanos, sino que la fraternidad cristiana les permite contar con quienes oran día a día por ellos. El mensaje de caridad expresado en vuestra vida comunitaria, nos ayuda a comprender que más allá de la raza, del rostro, del nombre, más allá de las amistades y de la acogida social, existe un vínculo que nos une trascendiendo lo inmediato; este vínculo es la condición de hijos del mismo Padre y miembros de la misma familia humana, creada por Dios a su imagen y semejanza.

Vuestra vida comunitaria vivida en el gozo de la fraternidad sobrenatural y mantenida en constante ánimo de conversión hacia los demás, nos enseña a amar más allá de las propias elecciones, y a servir más allá de los propios gustos.

Mis queridos hermanos en el Señor, al concluir este Año de la Vida Religiosa, quiero animaros a vivir con ilusión y espíritu renovado vuestro valioso don en la Iglesia y en el mundo, siguiendo, llenos de esperanza, vuestro carisma fundacional, el cual os ha de llevar progresivamente a la virtud y a la unión con el Señor y con todos aquellos que el Señor os confía en vuestra tarea pastoral.

No tengáis miedo ninguno a presentar vuestra vocación como una llamada divina que dignifica a quienes la recibís, enriquece a la Iglesia y ennoblece a la sociedad.

Mantened el propósito y la alegría de vivir vuestra identidad. Es el Señor quien os ha elegido para esta forma de vida, para descubrir y comunicar las inmensas riquezas que encierra y para gozar la felicidad que el Señor guarda para quienes le siguen.

Que viéndoos, las personas de nuestro tiempo, ya desde la juventud, descubran que la llamada de Dios constituye la referencia primera desde la cual es posible y debido orientar su vida. Es necesario entender que la mayor fuente de gozo interior está en llevar a término con fidelidad el proyecto divino en favor de cada uno. Para su desarrollo el Espíritu Santo concede a cada uno la gracia suficiente y el impulso más adecuado. Seguir la voz de Dios, dejándose guiar por el Espíritu llena de alegría nuestro corazón y el gesto más sincero en nuestra relación con el prójimo.

Que el Señor bendiga vuestra vida, que os colme de esperanza, que os ayude a superar acertadamente cualquier crisis personal o institucional sin sucumbir a la tentación de precipitarse en aparentes soluciones, que haga brillar el testimonio de vuestra fidelidad de tal modo delante de los hombres que, al ver vuestras buenas obras, “den gloria a vuestro Padre que está en los Cielos” (Mt 5, 16).

+ Celso
Arzobispo de Mérida-Badajoz